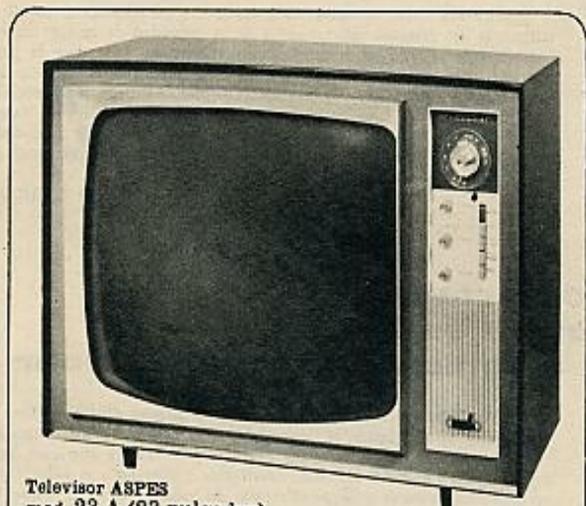


Aquí le presentamos una máquina **aspeS**



Televisor ASPES
mod. 23 A (23 pulgadas)



Televisor ASPES
mod. 19 A (19 pulgadas)

La pantalla es negra. Un televisor de pantalla negra significa para su dueño descanso visual completo... Esta, además, concebido para obtener siempre una imagen regularmente luminosa. En el teclado de mandos, indica UHF. Y en el interior hay un espacio y conexiones a punto para incorporar inmediatamente el sintonizador UHF (Ultra High Frequency).

Es un televisor diseñado para poder recibir el segundo Programa de T.V.E.

Es una máquina ASPES para complacerle

MODELOS	PRECIO (incluido impuestos)
19A (19 pulgadas)	16.985 pts.
23A (23 pulgadas)	20.915 pts.

aspeS viene a servir el "plan máquinas para el hogar" que hoy tiene cada pareja. En su "plan" haga cuentas con **aspeS**



FUNCIONA EN SU HOGAR

**EL MUNDO
Y LOS LIBROS**

el novelista de la alienación

E STAMOS en la primera década del siglo, en Praga. Este muchacho «puntual, metódico y original», que trabaja en la compañía de seguros «Assicurazioni Generali» a media jornada, y que por las tardes se encierra en su cuarto, en el corazón del «ghetto» judío, para dar forma, con un esfuerzo terrible, a su alucinado mundo interior, asumirá a través de su obra, contra su voluntad y sin que su corta vida de tuberculoso llegue a alcanzar ni el nacimiento del fenómeno, una función profética, actuando a la vez como revulsivo en el seno de una literatura empobrecida, empantanada entre las estrechas riberas del naturalismo. Se llama Franz Kafka, ha nacido en una familia de la burguesía acomodada y se ha educado en la confluencia de dos culturas, la germánica y la hebrea, en los años que prologan el estallido del imperio austro-húngaro. Al cabo de medio siglo y de una inescabable serie de debates sobre su significación, hoy se le reivindica en su propia ciudad, capital de un Estado que ha establecido una estructura social con la que muchos le creían incompatible. Hay que preguntarse, pues, por las razones de esta vigencia, ya universal. Hay que explicarse este hecho complejísimo que lleva su nombre. Dos franceses, R. M. Alberes y P. de Boisdeffre, entre otros muchos investigadores, acaban de intentar una aproximación a su obra. («Franz Kafka», Editorial Fontanella.)

L A mayor parte de las interpretaciones formuladas sobre la obra de Kafka incurren en parcialidad. Desde la teología, se le ha tenido por el último profeta de Israel y también por el hambriento de la Gracia, puro discípulo del calvinista Barth. Desde el existencialismo, por uno de los precursores del tema de la angustia heideggeriana y del «absurdo» del primer Camus. Desde el psicoanálisis, se le ha visto como un ejemplo del resultado del complejo de Edipo. Lukacs, por su lado, lo contraponía a Mann, asimilándolo a una decadencia artísticamente interesantes y decidiéndose en favor del realismo crítico del primero. Otros le han definido como un «pequeño-burgués corrosivo». En su mayoría, los exegetas de Kafka actúan sobre su obra con el cómodo procedimiento de la mutilación. Toman las múltiples mediciones, a través de las que se expresa la realidad de su tiempo, como lo esencial de su aportación. Pero ésta, totalizada, nos proporciona mucho más: la imagen del «mundo de la alienación». Alberes y Boisdeffre se quedan también en el camino, pero a través de su análisis puede advertirse que no hay otra definición capaz de abarcar mejor este fantástico universo, descrito con tan riguroso verismo, con tan estricta lógica, con una conciencia tan transparente.

P IENSO —ha escrito J. P. Sartre, estudiando a Kafka— que la obra más reveladora y la más eficaz estéticamente debe tener una densidad que se manifiesta por una cierta oscuridad. Teorizar corresponde a la ciencia; dar testimonio de las contradicciones vividas dentro de una sociedad compleja que condiciona al individuo, es tarea del escritor. La oscuridad del testimonio no debe ser deliberadamente buscada, sino el resultado de un enfrentamiento con la realidad para dar cuenta de sus distintas dimensiones. En este sentido, el realismo, tal como se ha entendido hasta ahora, parece insuficiente. (Tal es la tesis que sostiene, según mis noticias, Alfonso Sastre en un libro de próxima aparición.) Desde «El Proceso» hasta «El Castillo», Kafka responde a esta concepción. Ello le confiere, tal vez, esta actualidad que sin duda conservará mientras el hombre permanezca enajenado y, por tanto, oscuro a sí mismo.

L AS dos grandes novelas de Kafka están planteadas a partir de su experiencia profesional de empleado, pérdida su humanidad en el engranaje burocrático, sin que exista posibilidad de recuperación; y a partir también de su condición de judío, desintegrado de una estructura social hostil; de su condición de enfermo incurable (esa fiebre del atardecer, en el momento mismo en que comienza su tarea, que no le abandonará hasta su muerte); de sus relaciones con su padre —«te he huído constantemente para buscar refugio en mi habitación, con mis libros, con amigos locos o ideas extravagantes»; y en definitiva, de su formación cultural hebreo-germánica. La interacción de todos estos condicionamientos se objetiva en el universo alucinante que sumerge al agrimensor y a José K., los cuales se debaten contra fuerzas que no pueden racionalizar, a través de laberintos inacabables. Ha habido quien ha identificado a estos personajes con nuestro Don Quijote. Ellos traducen un sentimiento de impotencia a un nivel que no es el de la copia del mundo real, sino su alegoría. Y manifiestan su imperiosa necesidad de un mundo diferente, sin que se sepa, sin embargo, cómo trascender hasta él.

E N este universo alucinante de «El Proceso» y «El Castillo» sería vano buscar respuestas: lo que nos da no es más, como decíamos —y ya es bastante— que una imagen de la alienación, suscitando en nosotros una plena conciencia de la pérdida de lo humano. Esta empresa que Kafka se impuso a sí mismo —y únicamente para sí mismo, puesto que prohibió a Brod la difusión de sus escritos— fecunda hoy, en un plano histórico superior, los más valiosos intentos literarios. Mientras prescribe la obra de un Joyce o de un Proust, Kafka nos parece contemporáneo por su profundidad, por la veracidad, ya mucho más patente, de su problemática.

SIGUE



en su rollo de

**Fixo
Kores**

PUEDA HALLAR HASTA

50.000

ptas.

APRESÚRESE A LLEGAR AL FINAL!...

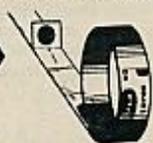


K-801

la verdadera cinta adhesiva transparente y en colores...

...pega por simple contacto lo indispensable y lo supérfluo.

Oculto en el eje de su **Fixo Kores** puede existir un pequeño disco de color que permanece invisible



NO LO EXTRAVIE!...

Su papelería tiene algo importante para usted a cambio de esta minúscula etiqueta.

Aquí y allá todos volvemos sobre sus textos, para encontrar en ellos el testimonio del desorden del mundo y de la necesidad de recuperación del hombre, más allá de las fronteras de la alienación. Y se deja de pensar que una obra deba ser decadente porque la produzca una época decadente. Contra todos los esquematismos —psicoanalíticos, «existenciales», económicos— los escritos kafkianos prueban que el hombre y la sociedad se expresan en la literatura a través de una complejidad de mediciones: he aquí una útil enseñanza para nuestros autores, que tanto necesitan perfeccionar su método en esta hora de crisis.

EDUARDO G. RICO

**"con ortega
y otros escritos",
de antonio rodríguez huéscar**

CONSTA el presente libro de Antonio Rodríguez Huéscar, "Con Ortega y otros escritos" (Taurus, Madrid, 1964), de un conjunto de ensayos y artículos, referidos a temas filosóficos y literarios, fechados entre 1939 y 1963. En una "advertencia preliminar", el autor expresa su inquietud respecto a la posible falta de unidad del libro —que tiene más de 350 páginas—, dada la variedad de las materias tratadas y el tiempo transcurrido entre unos y otros trabajos. En cuanto al primer punto, estimamos que esa inquietud está injustificada. El libro encierra una perfecta unidad. A partir de unos mismos supuestos ideológicos, el autor lleva a cabo una serie de exploraciones en diversas cuestiones —filosóficas o literarias—, pero a partir siempre de esos supuestos, que son en definitiva los que dan unidad al libro. Y en cuanto al largo tiempo que separa unos trabajos de otros, es preciso señalar que tampoco esto rompe esa unidad, ya que, en lo esencial, el autor no ha modificado lo más mínimo su pensamiento entre 1939 y 1963.

El libro se nos ofrece dividido en dos partes. La primera se titula "Con Ortega" y en ella cabe encontrar, además de algunos estudios sobre la obra orteguiana (no hace falta decir que Rodríguez Huéscar es un fiel discípulo de Ortega), un impresionante "Relato personal (En la muerte de Ortega)". La segunda parte, bajo el título genérico de "Otros escritos", contiene trabajos sobre filosofía —hay que destacar "El principio del idealismo como punto de partida de su superación", que fue una comunicación al XIII Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en México, en septiembre del 63— y sobre literatura —hay que destacar "Problemática de la novela".

Como el lector advertirá, se trata de un libro muy nutrido. ¿Cómo criticarlo, pues, en unas pocas líneas? Las objeciones que cabría formular a los criterios y puntos de vista en él expuestos necesitarían de un espacio y detalle, que escaparían a la obligada brevedad de esta nota. Es preciso acudir, por consiguiente, a una sucinta valoración de conjunto. Y esta sucinta valoración podría resumirse así: Sobre la base de su rigor y dignidad intelectual, estamos ante un libro más en la línea del pensamiento orteguiano. Como tantos otros discípulos de Ortega, Rodríguez Huéscar se limita a repetir, con muy ligeras variantes, lo que les enseñó su maestro. Ello no es obstáculo, claro está, para que "Con Ortega y otros escritos" tenga un evidente interés.

**"la mecedora",
de j. a. giménez arnau**

OTRA novela de José Antonio Giménez Arnau: "La mecedora" (Destino, Barcelona, 1964). La acción se sitúa en un país hispanoamericano —el autor no especifica cuál—. La galería de personajes es extensa: hay políticos, militares, sacerdotes, hombres del pueblo. El tema del relato, más allá de todo elemento anecdótico, es netamente político. Nos presenta Giménez Arnau un país donde impera el desorden y el caos. Caos y desorden que existen de la misma forma tanto si está en el poder el partido conservador como el partido liberal. Ese poder pasa de unos a otros (de ahí el título de la mecedora, que sugiere el autor) sin que nada cambie, sin que ese caos y ese desorden hayan sido resueltos. Tal es la tesis —muy explícita— de Giménez Arnau.

Pero, ¿por qué ese caos y ese desorden? ¿Se investiga en sus causas? ¿Se nos muestra en la novela las condiciones de vida de los ciudadanos de ese país? ¿Se nos habla de los intereses económicos que laten por debajo de "la mecedora"? No; en ningún momento. La imagen que de la vida de ese país nos da el autor es, pues, muy superficial. Cualquier lector atento y medianamente curioso por los problemas latinoamericanos podría decir de ellos mucho más de lo que se nos dice en "La mecedora". Y esto resulta —por lo menos— grave en una novela cuya pretensión evidente era la de dar un testimonio social-político, aun a costa de esquematizar y no desarrollar plenamente la psicología de los personajes (los personajes de "La mecedora" son esquemáticos y psicológicamente subdesarrollados a carta cabal).

En resumen: un título más en la bibliografía de Giménez Arnau. Pero el propio autor y, por supuesto, la novela española, podrían haberse pasado sin este título y no habría cambiado nada.

FERNANDO MOLINERO